

La Pluma

AÑO I.

MADRID, DICIEMBRE 1920

NÚM. 7.

Peregrinación.

I

*En momento crepuscular
pensé cantar una canción
en que toda la esencia mía
se exprimiría por mi voz:*

*predicaciones de San Pablo
o lamentaciones de Job,
de versículos evangélicos
o preceptos de Salomón
¡Oh Dios!*

*¿Hacia qué vago Compostela
iba yo en peregrinación?
¿Con Valle-Inclán y con San Roque,*

LA PLUMA

*adónde íbamos, Señor?
¿Y el perrillo que nos seguía
no sería, acaso, un león?*

*Ibamos siguiendo una vasta
muchedumbre de todos los
puntos del mundo, que llegaba
a la gran peregrinación.*

*Era una noche negra, negra,
porque se había muerto el Sol.*

*Nos entendíamos con gestos
porque se había muerto la voz.*

*Reinaba en todo una espantosa
y profunda desolación.
¡Oh Dios!*

*¿Y adónde íbamos aquellos
de aquella larga procesión
donde no se hablaba ni oía
ni se sentía la impresión
de estar en la vida carnal
y sí en el reinado del ¡ay!
y en la perpetuidad del ¡oh!
¡Oh, Dios!*

II

*Las torres de la catedral
aparecieron. Las divinas
horas de la mañana pura,
las sedas de la madrugada
saludaron nuestra llegada
con campanas y golondrinas.
¡Oh, Dios!*

*Jamás habíamos visto
envuelto en oro y albor,
emperador de aire y de mar,
sino aquel Señor Jesucristo
sobre la custodia del Sol,
¡oh, Dios!,
para te querer y te amar.*

*Visión fué de los peregrinos,
mas brotaron todas las flores
en roca dura o campo magro,
y por los prodigios divinos,
tuvimos pájaros cantores
cantando el verso del milagro.*

*Por la calle de los difuntos
vi a Nietzsche y Heine en sangre tintos;*

LA PLUMA

*parecía que estaban juntos
¡e iban por caminos distintos!*

* * *

*La ruta tenía su fin.
Y dividimos un pan duro
en el rincón de un quicio obscuro,
con el Marqués de Bradomin.*

Chapelgoeiri.

*Maravilloso champiñón decorativo
que floreciste tantas funciones sanguinarias
en las luchas carlistas, y que por ser tan varias
tus formas, te conviertes en tiara del esquivo;*

*hacia adelante, o hacia atrás, casco, aureola,
ya redondez de hongo, o arista de peñasco,
Al ponerte en mi testa, me siento un poco vasco,
ya Iparraguirre, o bien Unamuno, o Loyola.*

Flova.

*A tus pies Triptolemo, déa, su cornucopia
vierte, mientras tus manos alzan sobre la testa
encrespada de oro la simbólica cesta
en donde el Iris mágico sus riquezas acopia.*

*El perfume que nace de tu sustancia propia
unge los palpitantes senos de la floresta,
y la estación que rie bajo su luz de fiesta
hace tus gracias tuyas y tus sonrisas copia.*

*Pues al paso de Flora la Tierra se conmueve
y con formas de oro, de púrpura, de nieve,
de azul, la maravilla de su misterio expresa;*

*así, llena de música, la selva melancólica,
traduce por el canto de la flauta bucólica
lo que arde, lo que aspira, lo que ama y lo que besa.*

RUBEN DARIO

Edad de oro

(Historietas de niños de todas clases y países)

(1913-1920)

(Libro inédito)

El grillo real

(Madria)

¡**Q**ué angustia el grillo aquel de aquel junio raro—junio cóncavo y profundo—, allí encima de mi ventana abierta, tan dentro de mi soledad, como un cascabelón en el mismo centro interior de mi oído! Mi sueño era un infinito de pesadilla y sobresalto: era todo el cielo negro de verano, hecho monótono goterón sonoro y pesado, de estrella de plomo y eternidad de sombra; el mar inmenso de betún nubiano, condensado en una breve ola terrible y ahogante, que, en cada rítmico golpe, me atragantaba; era el mundo en concentración, que descansaba sobre mis sesos auditivos, preso yo por la cabeza—¡qué tirones!—de él.

... Por fin, no pude más; y le dije al niño del portero, dueño del grillo real, que si me lo quería vender; que le daría un duro, o dos, o cinco, lo que él quisiera; con la idea de llevarme el acerado animalito oscuro al Retiro y hospedarlo entre la yerba más distante.

El chiquillo abrió unos ojazos enormes, asombrados, que a mí me parecieron dos grillotes melancólicos, de honda música triste, creyendo yo que se le convertían en pena, con mi pregunta.

¡No, gracias al dios del silencio, existente, para mí, aquel día! Me

dijo el castellanito: «Por el duro, voy a traerle al señor cinco grillos de los buenos...»

2

Guadarrama

(Madrid)

LA torrecilla de la Prosperidad, mísera, y los pardos chopucos invernales del Canalillo, se cortan hoy sobre un cielo sucio, vagamente estriado de verdes, telón acuoso del Guadarrama.

Marylín, de pronto, ha arrastrado a Walusia a una ventana, y, encaramándola un momento, le ha dicho: «Walusia, mira, hoy no hay Sierra. Se la han llevado esta noche los ladrones.»

Walusia alza sus vivos ojitos negros a los míos, abre sus bracillos gordos, encolchonados de triples mangas que se le han subido, sofocándola, y al fin se echa sobre mí, llorando desconsolada, como si sucediese una cosa horrible: «¡Hoy no hay Sierra, Juan Ramón; hoy no hay Sierra!»

3

El desmonte

(Madrid)

EL niño está sentado—¿desde cuándo?—en la húmeda arena dura, esperando no sé a quién que lo ha dejado allí sin valimiento—¿esa mujer del mantón blanco a cuadros marrones, oculta casi en el desmonte, con un guardia civil?—. En la esplanada sucia, como la mujer y el guardia no están, están solo el niño chico y la luna grande, que nace opaca y friolenta—octubre—, deslumbrada del crepúsculo, tras la torre de la Guindalera.

Un momento, el niño, en la volubilidad de su mirar, ve la luna—luna, lunera, cascabelera—, y, echando la cabeza atrás, le tiende

LA PLUMA

cuanto puede sus bracitos. Luego, el cansancio se le une al olvido; y mira un bichillo que pasa, se queda oyendo una corneta desentonada que raja tristonamente el ocaso de dramáticas fajas, o se entretiene en recorrer con su dedo el charquito que, como un filtro sin llave, acaba de dejar bajo sí.

...Llora un poco, pero también se olvida y se cansa del llanto; y otra vez, perdidos los ojos arriba, le tiende sus bracitos, en un pequeño esfuerzo inmenso y desesperado, a la luna, que va ennocheciendo, brillante ya y definida, toda la alta soledad.

4

La mendiguilla

(Madrid)

Es invierno, y está siempre con su mantoncillo de pico, cuarta parte, cortado, de uno de mujer, tapándose con él la boca. Graciosísima, la niña. Su cabecilla redonda, peinada lisa—cierto esmero ¿de quién?—, y su tieso rabito trenzado con una cinta blanca al fin, me recuerdan la luna llena con una estrella cerca—que a su vez me recuerdan un barrilete nocturno, con un farol en la punta de la cola —¡qué misterios, cuando pequeños!—

Ya me conoce, y sus ojitos nuevos y alegremente tristes me ven venir, y me sonríen, desde todos los lejos de estas calles. Yo, en vez de darle el dinero que va al bolsillo colilloso del hombre borrado de la esquina, la llevo a una panadería o a una confitería y le compro algo que le guste; y ella se viene conmigo paseando y contándome cosas, hasta que se come del todo lo que sea.

Creo que se siente defendida por mí. Sin duda, se figura, confundidamente, que su padre de la esquina es hombre de no sabe qué grandes derechos—El Tío de la Lista, Ravachol, El Destripador de mu-

jeros, La Mano negra, El Verdugo, alguien trájico y estraño, destacado en entrevistos crepúsculos matutinos y vespertinos de telarañosos suburbios bajos, con desnudeces y tizonadas; de lo que ella ha oído aquí y allá, y no une ni entiende—; y si le anda cerca, la niña me dice, disimulando contra mi abrigo: «Señorito, tenga usted mucho cuidao, que está ahí mi pare, y no quiere que yo coma dulces.»

5

La mariposa

(Madrid)

MARYLÍN, la asturiana polaquita, buscando, como siempre—los ojos verdes saltados contra el suelo, ávidas las cargadas manitas rojas, sorbiendo distraída su nariz—, buscando por la tierra cristalitos, bichillos, palitroques, ¿qué?, se ha encontrado una mariposa blanca medio muerta, al pie de un chopo. La ha cojido, limpiándose las manos en el delantal, con la inocencia de una delicadeza virjen que «quiere ser» delicada, y, corriendo, la ha puesto sobre una gran margarita:

«Ahí. Para que se muera a gusto.»

Las manos a la espalda, nerviosamente entrecojidas por los dedos, sacando la barriguilla, caída la cabeza, ha buscado con sus ojos marinos mis ojos, segura, sin pensarlo, de haber hecho una cosa grande, merecedora de mí.

Un momento después, olvidados los dos, un punto, de la mariposa, la mariposa no estaba ya en la margarita. ¿Se la había comido un pájaro? ¿Había revivido al impulso de la flor movida por la brisa? ¿Se la llevó el aire a la corriente próxima? ¿O se había evaporado sencillamente, como de rocío, en una asunción milagrosa, desde el alma de la flor, por el cielo radiante del entretiempos?

LA PLUMA

Marylín, cuya sombra alargaba por el cerro el sol bajo—campo agriverde, con cerca agrirroja de ladrillo—, me miraba sorprendida, diciéndome con las manos inquietas lo que no podía ni sabía decirme con la boca. Su explicación era más cierta por no ser nada, y, por no ser nada, la convencía y me convencía.

y 6

El «periodista»

(Madrid)

Es tan menudo que, con la noche de la calle mal alumbrada, apenas se ve. Le sale a uno de cualquier parte, de uno mismo casi, y me clava en el brazo un periódico que a él lo tapa.

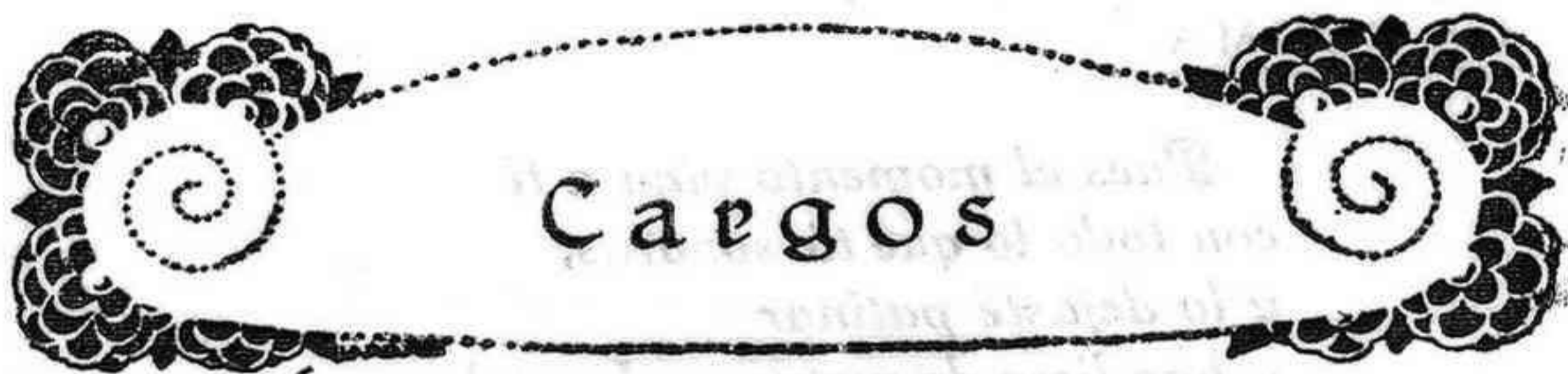
Grita entonado, el papel ya bajo el brazo, las manos en los hondos bolsillos de su chaquetón de otro: «¡La Corres, con la muerte de Gallitooo!»

«¡Chiiico!», le riñe la hermana, algo mayor que él, abriendo la ventanilla de su casita encendida y abrigada del puesto; «¡que eso no eees, que eso era hace cuatro díías!»

Él se va derechito y empinado a ella, y: «¡Tú! ¡que hace cuatro día; pero si lo sé, si es pa vendé, boba!»

Da media vuelta, y con un lastimoso contoneo torero militar de sus poquedades y miserias, mirándose la sombra que le saca una farola de gas—verdelimón en la maraña cobriza de un arbolucho aún seco, que hospeda a la media luna—, se dice, oyéndose él sólo «¡Soy má chulo yo!»

JUAN RAMÓN JIMENEZ



Cargos

I

*No tienes perdón.
El Arcángel de la balanza,
considera menguado al hombre
que la ocasión desampara.*

*Yo no sé qué mosca de oro
fascinó tu alerta mirada;
yo no sé por qué te dormiste
cuando la ocasión alboraba.*

*Yo no sé como no sintieron
tus manos—proas de esperanza—
el encontronazo divino
que hace posibles las hazañas.*

*En el Valle de Josafat,
el Arcángel—la acción sagrada—
te rechazará por inválido
con un ademán de su espada.*

*Pues el momento vino a ti
con todo lo que tú soñarás,
y lo dejaste patinar
y hundirse de nuevo en la nada.*

II

*En el trance resbaladizo
pude ver que tu mano era
de yeso frío.
A mi vacilación angustiosa,
que duró minutos o siglos,
tu mano, en vez de acudir,
quedó plegada a tu egoísmo.
¡Descuida! Ya no se tocan
nuestras manos ni en el infinito.*

III

*¿Y para qué la petulancia,
cuando sabes que yo te admiro
sin cáscara?*

IV

*Cepos pusiste en mi senda nocturna;
yo los colmé de flores y agua pura.*

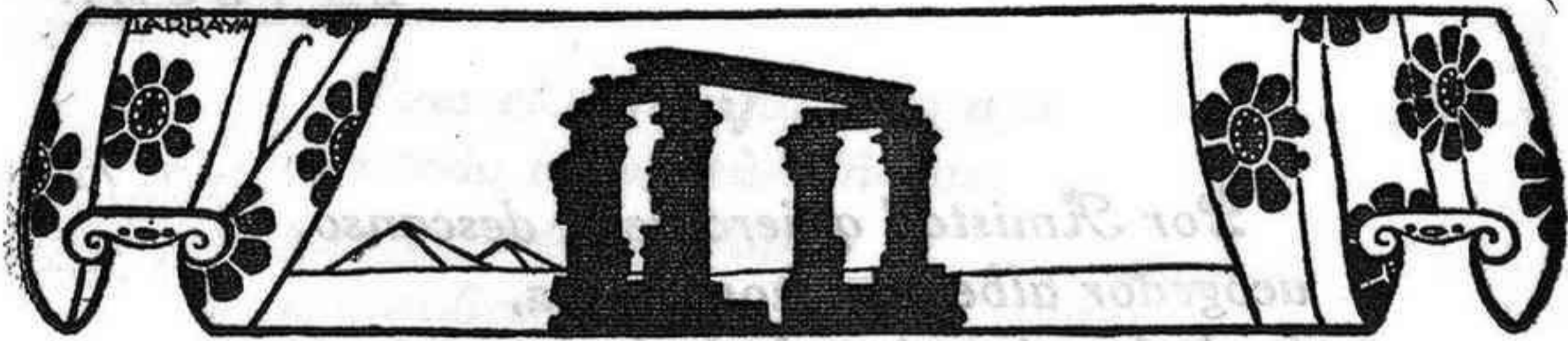
V

*Por Amistad quiero decir descanso,
acogedor albergue, hospedería,
burladero interino de la lucha.
Cualquier otro concepto me fastidia.*

VI

*Vas derramando tu vida
en un sinsentido ameno,
como las nubes
por el cielo.
Y después vendrán las llantinas,
el remordimiento cruel;
nube cargada
quiere llover.*

J. MORENO VILLA



EL VIEJO

Cuento teatral.

EN el Sabinal, pueblo del interior, distante muchas leguas de la costa, tienen los hermanos Isidro y Matías Sosa una tienda en la que se vende de todo, comestibles, bebidas, telas, quincalla, granos... Los negocios no andan bien. En peor situación que su hermano está Matías, el cual, cargado de hijos y de deudas, vive en un pago cercano al pueblo.

En éste, en la plaza única y en la misma casa en que se halla la tienda, vive Isidro con su suegro el señor Alejo, su mujer Carmita y su hija Lola.

* * *

Habitación baja de la casa de Isidro. En el fondo un alto paredón, en el cual se abre a la derecha la ancha puerta que da a la plaza y a la izquierda una ventana.

A poca distancia de la puerta y en sentido perpendicular a la pared del fondo, se encuentra el mostrador, ancho y tosco, que divide la escena en dos partes desiguales; a la derecha, el espacio destinado al público que entra a comprar, y a la izquierda, otro espacio, convertido en almacén y atestado de fardos, cajas, toneles... En los rincones, montones de maíz, trigo, habas... A la izquierda, las habitaciones de la familia. En el primer piso viven Isidro, su mujer y su hija.

Hay en ese piso una galería exterior, de la que parte una escalera angosta, por la que se baja a la tienda. En una habitación del piso bajo duerme el Sr. Alejo.

* * *

Es el día del Patrono del pueblo, en pleno invierno. A las seis de la mañana es aún noche cerrada.

Las campanadas lentas del alba y, poco después, el golpear de los cascos de varias caballerías en el empedrado de la plaza.

Fuertes porrazos en la portada. Una voz ronca y enérgica grita desde afuera:

—¡Isidro!

(Los cristales de las ventanas que dan a la galería se iluminan. Una voz aguda de mujer grita:)

—¿Quién es?

MATÍAS. ¡Paz! ¿Eres tú, hermana Carmen?

CARMEN. Ya voy, hermano Matías.

MATÍAS. ¿Qué hace Isidro!

CARMEN. Ya va. Se está acabando de vestir.

MATÍAS. ¡Cuerno con el gandul! Bajen pronto a abrir, que hace un frío de todos los demonios.

CARMEN. ¡Volando, hermano Matías!

(Al cabo de un rato aparece en la galería Isidro, farol en mano. Grita desde arriba, mirando a la plaza por una ventana:)

¿Hermano Matías?

MATÍAS. ¡Presente!

ISIDRO. ¿Cómo te ha ido?

MATÍAS. Ya te lo diré, hombre. Baja de una vez y abre esa condenada puerta.

(Isidro baja; quita los barrotes y cerrojos del portón.)

ISIDRO. ¡Buenas y santas nos dé Dios, hermano Matías!

MATÍAS. Buenos, hermano Isidro.

ISIDRO. ¿Qué tal te ha ido!

MATÍAS. Regular.

ISIDRO. ¿A qué hora saliste de la ciudad?

MATÍAS. Daban las Animas cuando las bestias empezaban a subir

LA PLUMA

- la cuesta de San Nicolás. El condenado maltés no pudo despacharme antes, porque la quincalla la tenía aún sobre el muelle.
- ISIDRO. ¿Traes los percales, los mantones, la loza, los calderos?
- MATÍAS. De todo viene un poco. Empecemos por el encomienzo (al arriero). Ea, señor Suárez, a descargar. Y abra mucho el ojo, no me rompa nada, si no quiere que yo le rompa a usted una pata. Encomience por la yegua. Tú, enciende de una vez la farola. Me da rabia de tropezar con tanto chisme, que no vale dos pesetas.
- (Isidro enciende la farola, que cuelga de una viga, encima del mostrador; el arriero entra y sale.)
- MATÍAS. Pues, como te iba diciendo, salimos de la ciudad a las ocho de la noche, y como ahora son las seis de la mañana, más o menos, resulta que me traigo en los huesos mis diez horas de caminata. Suerte que la noche estaba clarísima, con mucha estrella. Unicamente en el paso de La Plata tuvimos algo que sentir... Cuidado, señor Suárez, atiende: ese bulto en el rincón... Bien... Se presentó neblina, y como había llovido la tarde de antes, resbalaba el piso como si lo hubieran fregado con jabón. Por cierto que estuve a dos dedos de ir a tomar la mañana al otro barrio, como el otro que dice.
- ISIDRO. ¡Jesús! ¿Cómo fué eso, hermano Matías?
- MATÍAS. Pues sí; en lo más amargo de la cuesta, resbaló la yegua que yo llevaba de cabestro, y por un milagro no fuimos a juntar nuestros huesos, los míos tan aperreados como los de ella, en el fondo del barranco.
- ISIDRO. ¡Perra vida!
- MATÍAS. Y todo por cuatro cuartos, jinojo; por salir del apuro de hoy pa entrar en el de [mañana. ¡Ay, hermano Isidro! Si tú me hubieras hecho caso, a estas horas estaríamos en

Cuba o en Buenos Aires, apaleando los pesos, en vez de arrastrar esta miserable vida de ratones, entre sustos y amarguras.

ISIDRO.

Escucha... ¿Y el pagaré?

MATÍAS.

Por ese lado, menos mal. Tenemos ocho días por delante. No pude conseguir más del condenado Procurador. Si a los ocho días no le pagamos por lo menos dos años de intereses, vendrá la ejecución, el embargo... La curia se comerá la tienda, y esta casa que fué de nuestros viejos. ¡Y nos dejarán en la calle, a pedir una limosna, hermano Matías!

ISIDRO.

MATÍAS.

No seas gallina, hermano Isidro. Aún nos quedan algunas cartas que jugar. Por lo pronto, el día de hoy es nuestro. ¡Hombre! ¿El día de hoy...?

ISIDRO.

MATÍAS.

El día de hoy es nuestro, este día de la fiesta del Señor San Sebastián, Patrono de la Villa del Sabinal. Verás cómo en la venta de hoy sacaremos para pagar los intereses y aun algo del principal al maldecido Carranza.

ISIDRO.

Eso estaría bien, si no fuera la competencia, como el otro que dice. Pero no cuentas con Santiago el Largo, con ese infernal jorobeta, que ayer tarde publicaba por todo el pueblo una rebaja del veinte por ciento sobre los artículos de quincalla, esos mismos que has traído de la ciudad, exponiendo tu pelleja.

MATÍAS.

¿El jorobeta? Dale memorias. Ese no abrirá su tienda en todo el día. Si quiere jeringarnos, tendrá que esperar a la feria del año que viene.

ISIDRO.

MATÍAS.

¿Qué me dice, hermano Matías?

Hermano Isidro: pongo en su conocimiento, que en la asomada de los Pájaros, allí donde la vereda hace una vuelta, ¿sabes?, casi a la vista de Aregayeda, en el tramo más angosto y más peinado—que da frío de mirar pa



LA PLUMA

- bajo—, hay ahora cerrando el paso, un peñasco más gordo y más pesado que la Catedral.
- ISIDRO. ¡Jesús, hermano Matías!
- MATÍAS. Yo mismo lo puse allí, con estas manos como tenazas que heredé del viejo Matías Sosa. ¿Qué te habías figurado? Yo mismo lo arranqué de la ladera y lo arrastré volteando hasta el camino, arriesgando esta perra vida que no vale cuatro cuartos.
- ISIDRO. Resulta, pues...
- MATÍAS. Resulta que el paso de la Plata está cerrado. Los arrieros de Santiago el Largo tendrán que dar la vuelta grande por Verdejuelos. No llegarán al Sabinal antes de las dos de la tarde. Somos los dueños del mercado, como el otro que dice. Venderemos al precio que nos dé la gana. Hundiremos al jorobeta.
- ISIDRO. Y... ¿no habremos gravado nuestra conciencia, hermano Matías?
- MATÍAS. (Ríe.)
- ISIDRO. Acuérdate de lo que padre nos decía: ¡Antes que nada, muchachos, a portarse bien!
- MATÍAS. ¡Portarse bien! Eso lo pudo decir el viejo, que tuvo siempre una suerte loca en sus compras y en su labranza; pero nosotros, pobres diablos, arruinados, sin una perra, en la última encavadura, ¿qué otro remedio nos queda sino robar como todo el mundo?
- ISIDRO. ¡Qué cosas tienes, hermano Matías!
- MATÍAS. Sí, como todo el mundo. No me vuelvo atrás.
- ISIDRO. (Tentado de risa, queriendo contenerla.) Es gracioso, muy gracioso. Conque todos ladrones, ¿hi?
- MATÍAS. El robo, hermano Isidro, es tan natural como la respiración. Robamos sin sentirlo, sin darnos cuenta. La vida es

un paseo con las manos metidas en los bolsillos de los demás.

ISIDRO. Yo robo, tú robas, ¡¡hi, hi!!
MATÍAS. Aquél roba. Todos robamos.
ISIDRO. ¡¡¡Hi, hi, hi!!!

* * *

LOLA. (Bajando la escalera con la tacita de café para el abuelo.)
No griten, no griten, que van a despertar a papá Alejo.
Padre, écheme la bendición. Buenos y santos, tío Matías.
ISIDRO. Dios te haga una santa.
MATÍAS. ¿Conque al señor Alejo le llevan el café a la cama?
LOLA. También se lo llevarán a usted cuando tenga ochenta años como él.
MATÍAS. Lo dudo. Primero, porque no llegaré a ellos, y segundo, porque, aunque llegare, me figuro que no habrá hijo ni nieto que me alcance una taza de sustancia.
LOLA. No diga eso, tío Matías. Un padre es un padre.
MATÍAS. (Incomodado con el arriero.) ¡Señor Suárez, señor de la pachorra, guárdese ese pasito moderado para la procesión del Santísimo Corpus! ¡Vivo, vivo! Quiero abrir la tienda al golpe de las siete, desde que empiecen a repicar.
SUÁREZ. Don Matías, más no puedo hacer, créame. Me estoy cayendo de pura debilidad...; atíenteme las manos y verá que las tengo como el yelo...
MATÍAS. Hable claro, señor mío. Necesita combustible, ¿verdad? A ver, Isidro, saca el ron; pero no el bautizado, no; el legítimo de Jamaica.
(Beben. Grito agudísimo y ruido de loza que cae y se rompe en el cuarto del abuelo.)
ISIDRO. ¡Misericordia! ¿Qué es eso?

LA PLUMA

- MATÍAS. Condenada chiquilla, ¿qué te pasa?
- CARMEN. (Bajando la escalera, como una loca.) ¡Madre amorosa!
¡Mi niña! ¿Qué tiene mi niña?
- LOLA. (Saliedo del cuarto, despavorida.) ¡El abuelo!
- CARMEN. ¡Ay, mi padrito de mi alma!
- LOLA. ¡Espere, madre; no entre ahora, por Dios! ¡Espere!
- CARMEN. ¡Confesión, confesión!
- MATÍAS. ¡Callen, condenadas mujeres, ordinarias, gritonas! Bajo, muy bajo, que va a enterarse la vecindad. Ven acá, Lola, ¿qué pasa?
- LOLA. Entré... a llevarle el café al abuelo... Todo estaba oscuro... Le llamo... No me contesta... Me figuré que estaba dormido... Le tiro por una mano... ¡Ay, que la tenía yelada como el granizo...! ¡Ay, que está muertito, créame, señor padre; créame, señora madre!
- CARMEN. ¡Muerto sin confesión!
- MATÍAS. ¡Quietos todos! Nadie resuelle... Vista hace fe... Yo les diré a ustedes lo que pasa... Mucho silencio... (Enciende una cerilla y entra en el cuarto del abuelo. Silencio medroso. Al cabo de un instante sale. Las dos mujeres e Isidro le rodean, ansiosos.)
- MUJERES E ISID. ¿Qué hay? ¿Qué ha pasado? ¿Qué tiene el viejo?
- MATÍAS. Bajito, caramba, bajito. Pues... nada... no tiene compostura... Se fué con Dios.
- CARM. Y LOLA. (Llorando a gritos.) ¡Ay mi padrito! ¡Ay mi abuelito de mi alma y de mi corazón!!
- MATÍAS. ¡Silencio, escandalosas, ordinarias, mal criadas...! Vais a despertar a toda la vecindad. (Brutalmente.) ¡Silencio, rayo!
- ISIDRO. Matías habla bien. Más que lagrimas y suspiros, aprovechará al difunto un padre nuestro por el ánima.
- MATÍAS. Eso es. Rica idea. Vayan, vayan mis niñas a rezar un pa-

drenuestro por el ánima... Adentro, no tengáis miedo. Yo dejé encendida la vela... Adentro, adentro. (Entran las dos mujeres en el cuarto del abuelo.)

SUÁREZ. (Muy atento.) Yo, por servirles, podría ir por el cura.'

MATÍAS. Usted ajunta las caballerías y se marcha volando pa la cuadra, ¿sabe? Y si yo llego a saber que el señor Suárez le cuenta a alguna persona, quien quiera que sea, lo que aquí ha pasado, es a saber, que el tío Alejo ha fallecido, usted me conoce, señor Suárez, usted conoce a Matías Sosa, el del Sabinal, pues le juro por la salvación de mi ánima que donde quiera que le coja le parto el espinazo,

SUÁREZ. ¡Cuidado con eso, señor don Matías; cuidado con eso! Usted no me conoce. Por el rigor yo no voy a ninguna parte. Por el bien, un niño me lleva por delante con una caña... Ya sé que usted me lo pide con política, con muchísima política. Por eso yo le digo al señor Sosa que Fortunato Suárez no despegará la boca para mentar al señor Alejo; y si le preguntan que si ha muerto, dirá que es vivo... Usted no me conoce, señor don Matías. Por el rigor, yo...

MATÍAS. Bueno, hombre, bueno. Andando.

(Sale Suárez.)

ISIDRO. ¿Has visto qué fatalidad? Es tontería empeñarse, desengáñate. No hay más remedio que bajar la cabeza y conformarse con la desgracia.

MATÍAS. No me vengas con gallinerías. ¡La desgracial! ¿Qué mayor desgracia que ser un gandul, sin coraje ni voluntad?

ISIDRO. ¿Pero qué quieres hacer, hermano Matías? Con un cadáver dentro de la casa, ¿cómo es posible abrir el establecimiento? Quedaríamos sin dignidad, deshonorados, como el otro que dice, a los ojos del público.

MATÍAS. Entonces, ¿te conformas con perder el día de hoy, la oca-

L A P L U M A

- sión de la feria, la venta segura, el precio que nos dé la gana, sin competencia?
- ISIDRO. ¡Hay un cadáver dentro de la casa, señor!
- MATIAS. ¡Y de aquí a ocho días habrá dos, porque cadáveres, cuerpos putrefactos, comidos de cuervos, son los hombres arruinados, sin una peseta, a quien todo el mundo da con la punta del pie!
- ISIDRO. Pero hay que cumplir con la sociedad, hermano; hay que hacer el duelo.
- MATIAS. ¿Y quién te dice que no se haga? Pero se hará a su tiempo; por ejemplo, a las dos de la tarde, cuando hayamos concluido nuestras operaciones.
- ISIDRO. Pero el cadáver, hermano Matías. ¿No sabes que la gente está acostumbrada a ver todos los días al viejo, sentadito junto a aquella ventana? Si hoy publicamos que no sale por estar malo, los vecinos querrán entrar a acompañarle, a darle un rato de conversación. Y si entran, hermano Matías, excuso decirte; si entran y le ven tendido como un leño en aquella cama y nosotros tan frescos despachando detrás del mostrador, excuso decirte, hermano Matías, cómo quedaremos. Quedaremos como un trapo, como...
- MATIAS. Así sería si no vieran al viejo; pero como le verán, hermano Isidro, como le verán sentado allí, junto a la ventana, como todos los días.
- ISIDRO. ¿Qué dices, hermano Matías? ¿En qué piensas, por Dios vivo?
- MATIAS. ¿Te has figurado que Matías Sosa, este hermano tuyo que anoche mismo le ha visto dos veces la cara a la Muerte en el paso de la Plata, va a retroceder ahora por estúpidas consideraciones a un cuerpo sin vida, a un pedazo de palo, cuando se trata del pan de sus ocho hijos? Tú no me conoces. Mírame bien, hermano Isidro. Yo no soy un

hombre, soy una fiera capaz de derramar la sangre del prójimo y la mía.

ISIDRO.

Sosiegate, hermano, no te acalores, no te precipites.

MATIAS.

Acabemos de una vez. Dentro de poco saldrá el sol y empezarán los repiques... Ya se siente el rebullicio de la gente en la plaza. ¡Qué feria vamos a tener! Haremos doscientos pesos, trescientos quizá, rescataremos el pagaré, nos salvaremos de Carranza y de la Curia. ¡Animo, hermano Isidro! Entre los dos cargaremos al viejo y le pondremos, allí, vuelto de espaldas en aquel sillón.

ISIDRO.

¡Jesús mío!

MATIAS.

Al verle tranquilo, envuelto en su capa, la gente se figurará que está dormido.

ISIDRO.

Las manos me tiemblan, hermano Matías. Las gotas de sudor me caen de la frente... ¿Ves? Yo no sirvo para estas cosas.

MATIAS.

¡Miserable gallina! ¡Quita! Lo haré yo solo.

ISIDRO.

No, no, espera, yo te ayudaré. El Señor me perdone... Pero escucha..., ¿y Carmen? ¿Te figuras tú que Carmen consentirá que le toquen el cuerpo sagrado de su padre?

MATIAS.

¿Quién lleva los pantalones, ella o tú?

ISIDRO.

Pero señor, de todos modos hay que contar con ella, como principal interesada que es en el cadáver.

MATIAS.

Conformes. Pero, ¡vivo, vivo! Mucho tiempo hemos perdido ya.

(Isidro, desde la puerta de la alcoba, llama a su mujer. Salen madre e hija. Diálogo en voz baja entre Isidro y Carmen. Protestas y gestos de horror de ella: exclamaciones sofocadas.)

CARMEN.

(Rompiendo a gritar.) ¡Jesús me valga! ¡Mi padre, los restos sacratísimos de mi padre! ¿Estás en tu juicio?

ISIDRO.

Espera, mujer, no te sofoques. Si no se trata de perjudi-

- carlo en nada... La cuestión es tenerle de cuerpo presente, como el otro que dice, un par de horas... ¿A él qué le importa? Más bien se alegrará de hacernos un favor.
- CARMEN. Eso no es cosa tuya. Tú no eres capaz de eso. La ocurrencia debe de ser de tu hermano Matías, que nunca ha creído en el ánima, ni en la justicia de nuestro Padre celestial.
- MATIAS. Sí, señora; la ocurrencia es mía, y como yo lo mando no hay más remedio que obedecer.
- CARMEN. Pues te equivocas. Primero me matan que dejarte manipular el santísimo difunto.
- MATIAS. Pero, condenada mujer, ¿no comprendes que ese cuerpo ya no sirve para nada, que es como un pedrusco, como un pedazo de palo?
- ISIDRO. Eso, un pedazo de palo, que ni siente ni padece. Lo mismo que yo te decía, mujer.
- MATIAS. ¿Prefieres, mujer estúpida, verte arrastrada por esos suelos, echada de esta casa por el granuja de Carranza, que te rematen hasta la camisa y andar errante por esos campos con un palo y unas alforjas, pidiendo limosma, pasando hambres y vergüenzas?
- ISIDRO. Espera, hermano Matías. No la sofoques. Ya verás cómo acaba por comprender la razón.
- CARMEN. ¿Y el pecado? ¿Tú no cuentas con el pecado grandísimo que vamos a echar sobre nuestra conciencia?
- MATIAS. Ea, bastante tiempo hemos aguantado tus majaderías. Se me acabó la paciencia. ¡Sus! ¡Largo de aquí!
- CARMEN. ¡Hermano Matías, por caridad divina!
- MATIAS. ¡Largo de aquí!
- (Carmen sube lentamente la escalera. La chiquilla la sigue, sollozando. Matías, desde abajo, les impone silencio.)

- CARMEN. ¡Ay, Redentor mío! ¡Ay, Madre amorosa, qué dolor tan agudo!
- LOLILLA. ¡Hi, hi!
- MATIAS. ¡Cállense, cállense!
- CARMEN. ¡Ay, qué corona de espinas! ¡Ay, qué hiel y vinagre! ¡Ay, qué callejón de la Amargura!
- LOLA. ¡Hi, hi, hi!
- MATIAS. ¡¡Cállense!!
- CARMEN. ¡Ay mi padre, ay mi padrino! ¡Un alma tan buena, tan devota de la Santísima Virgen y del glorioso patriarca San José!
- LOLA. ¡Hi, hi, hi!
- MATIAS. ¡¡Cállense!!
- (El llanto de las mujeres se aleja. Ya no se oye.)
Ea, ya estamos libres. ¡Jinojo, vaya unos trabajos! ¡Triste cosa tener que ganar las miserables perras con el sudor del cuerpo y las amarguras del alma! En fin, ¿qué hemos de hacer? Vamos, hermano Isidro, a la obra... ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? Estás temblando...
- ISIDRO. No lo puedo remediar. El corazón se me encoge cuando pienso que lo tengo que tocar con mis manos. ¡Ay, hermano Matías, qué paso tan fuerte!
- MATIAS. ¿Conque le tienes miedo a los muertos?
- ISIDRO. No lo puedo remediar.
- MATIAS. ¡Idiota! ¿Tú crees que los muertos viven?
- ISIDRO. ¿Qué sé yo?
- MATIAS. Pues si viven, no están muertos. Entendámonos. Una cosa u otra. De modo que tú... ¿te quedas en tierra?
- ISIDRO. (Casi llorando.) No puedo, hermano Matías, no puedo. los brazos se me parten.
- MATIAS. Quitá, hombre, quitá; da vergüenza... ¡Iré yo solo! No necesito de tí ¡No necesito de nadie!

LA PLUMA

(Entra solo en el cuarto del abuelo. Al salir, marcha pesadamente, con la cabeza erguida, jadeante, llevando en brazos el cadáver, envuelto en una capa.)

MATIAS.

¡Vivo, hombre, vivo! ¡Pon el sillón de espaldas a la puerta...! Así... ¡Ea, ya está!

(El cadáver queda sentado en el sillón, de espaldas al público; sólo se ve la cabeza blanca, apoyada en el respaldo. Matías se deja caer sobre un fardo. Respira con trabajo.)

ISIDRO.

¿Qué tienes, hermano Matías?

MATIAS.

¡Qué he de tener! ¿Te parece poco todo esto?

ISIDRO.

Tienes razón. Tú eres muy fuerte, pero no eres de hierro. Debes estar rendido. ¿Quieres tumbarte un ratito en mi cama? ¿Vamos arriba?

MATIAS.

¿Dormir yo ahora, cuando va a empezar la batalla? Esta noche dormiré, si puedo. ¿Sabes lo que me pide el cuerpo? ¡Ron! ¡Venga ron! Echate una copa, que bien la necesitas. Tienes la misma color que el difunto... ¡Buen par de gallinas estamos!

(Beben. Pasa algún tiempo.)

ISIDRO.

¿Oyes? ¡La señal...!

MATIAS.

¿La señal? ¿No serán tus oídos?

ISIDRO.

No sé; me pareció oír muy claro el golpe del esquilón.

MATIAS.

¡Espera, espera un poco...!

(Ambos atienden. Golpes débiles, agudos, espaciados del esquilón.)

ISIDRO.

¡Sí, es él! ¡La señal! ¡Ahora la campana...! ¡Benditos repiques, que alegran y refrescan el alma!

(Los golpes de la campana, lentos y acompasados al principio, se precipitan luego, se confunden en resonante algarabía. Estallido de cohetes.)

MATIAS.

¡Te acabaste al fin, noche de perros, maldecida noche de

horror y pesadilla! ¡Ya no tengo miedo! ¡El padre Sol está ahí fuera, llamando a la puerta, metiendo por las rendijas monedas de cinco duros! ¡A la obra, hermano Isidro! ¡Abre el portón de par en par, que entre el padre Sol! ¡Que entre todo el mundo!

(Isidro abre el portón, Penetra en la tienda, con el sol del amanecer, una oleada de gente; hombres que vociferan y cantan, mujeres que ríen, chiquillos que tocan trompetillas y tambores.)

MATIAS.

(Frenético, medio borracho, golpeando con una pesa el mostrador.) ¡Adelante, señores míos! ¡Vengan todos a honrar la casa de Matías Sosa, la primera tienda de la villa del Sabinall! ¡Aquí encontraréis toda clase de artículos, nacionales y extranjeros, de todas las partes del universo mundo; comestibles y bebidas, lanas y sederías, pañuelos y mantones, quincalla y perfumería! ¡Alto! ¡Esperen un poco! ¡¡La religión siempre por delante!! ¡Caballeros, digan todos conmigo: ¡¡Viva nuestro Patrono San Sebastián!!

EL GENTIO.

¡¡¡Viva!!!

(Isidro se acerca tímidamente al mostrador, protestando con el gesto contra el escándalo.)

MATIAS.

Sí, sí, por Dios; tienes razón; ya no me acordaba... (Vociferando.) ¡Vean ustedes si en esta familia hay honradez, si hay... caridad! ¡¡¡Si hay cristianismo!!! ¡Mientras los hijos se desloman trabajando, el viejo duerme tranquilamente en un sillón!

(Voces en el público, unas que preguntan, otras que contestan.)

—¿Está dormido?

—Sí, está dormido.

—Dormido... dormido... dormido...

LA PLUMA

(Las voces, los cantos se atenúan, degeneran en murmullo, que poco a poco se apaga... El silencio se extiende, se prolonga indefinidamente...)

LUIS Y AGUSTIN MILLARES

Calendario.

Noviembre.

*Por la Real Orden Otoñal
se declara el frío oficial
y la poesía sentimental.*

*Caen las hojas y los nidos,
los árboles se han declarado
en huelga de brazos caídos.
Ánimas, campaneo tétrico;
las golondrinas se marcharon
(caducaba su kilométrico).*

*Todos hablamos del Ocaso
de que la vida es un fracaso
.....
y referimos nuestro caso.*

F. VIGHI

Melodías líricas

La magia del ritmo

*Dama cuarentona
—u hombre de prebenda—
cuándo, el ritmo va
mula canonesa;
cuándo, cabo fino
de ágil hacanea
—trote menudo
y corta crencha.*

*Oh Dios, que el milagro del ritmo ya es
divertida invención de veras.
Y ley del vivir. Y del triunfar.
Porque es, entre todas, saber la senda.
Y entre las mil lucecitas del cielo,
formar la nuestra.*

*Y cuando anda el vivir en trastorno
y está como a golpe de ruleta,
saber ponerse en el color
en que la Fortuna parará su rueda.*

Dícta la líra

*Verso mío, has de tener
la alegría triunfal de Beethoven;*

*y ha de ser, tu canción,
ebrio trovar de ruiseñores.*

*El maestro del ritmo que riges,
fué el riachuelo, sierpe saltarina,
bajo la ventana de la alcoba
en que, infante, ensoñabas tu vida.*

*Y fué tu maestro la senda
por las brañas y los lentiscos,
en que ibas, ausente y poseso,
hilando el copo de estos linos.*

*Y la golondrina que chiaba eufórica,
divirtiéndose en saltos mortales,
cuando rosa y oro venía el alba,
cuando oro y rosa se iba la tarde.*

*Y la fina aguja del chopo
—lama, buril y estilo—
que dibujaba por las estrellas
sobre el cielo sus jeroglíficos.*

* * *

*—Y habéis de tener, mis versos, la honda
fluidez del canto gregoriano:
que a la carreta cargada de mies
no le va el ritmo del tren rápido.*

LUIS G. BILBAO



Apuntes para una Geografía musical de Europa.=1920.

III

ITALIA

PROFUNDAS razones de tiempo, las que establecen el aspecto del mapa en las geografías artísticas! Madre de todos, Italia hubiera comenzado, en otro siglo, una serie de papeletas, análoga a esta. Hoy, va exactamente detrás de Francia y de Rusia. Y con fruto esto, aunque esté todavía un poco verde y áspero al mordisco, mientras que lo parvo de su cultivo alemán apenas produjo una cosecha débil, incolora y blanducha.

Saludemos el desfile de los buenos espíritus que prepararon el terreno—Sgambati, Martucci, Alfano—; pero no hacemos aquí historia retrospectiva. Para combatir la degenerada actitud de dentro de casa, llamaron a las virtudes del vecino, que, al trasplantarlas, se llenan de veneno. Se cegaron voluntariamente al luminoso camino del estilo—la intensa esencia de su raza—, tuvieron veleidades germánicas, que pasaron en seguida, y las cuales esgrimían como arma contra los que derrochaban en malos pasos la rica herencia tradicional y, en resumen, hubo un espacio temporal de incertidumbre, de decaimiento y de desorientación, hasta que llegaron los ecos de las músicas de Rusia y de Francia.

Júbilo general y rebato de corazones a voleo. Cada cual agarró un trozo de la túnica salvadora, y armaron la más jovial algarada. La Italia musical de nuestros días es el árbol lleno de pájaros, en el que cada uno canta su propia alegría por haber encontrado lo «nuevo».

Diferencia en esto de España, de casi todos los países musicales, en

LA PLUMA

general; mientras que el período transitorio, el que media entre el wagnerismo hasta el despertar de la conciencia nacional, es sensiblemente igual al seguido en España. El wagnerismo no empapó del mismo modo a Inglaterra, que seguía con sus adoraciones mendelssohnbrahmistas; a nosotros, sí; pero despertamos al mundo nuevo con menos alegría que los italianos, que se recobran como después de un mal sueño disipado.

Unos países son, esencialmente, sinfónicos, aun cuando miren hacia el teatro. Otros, como Italia, son, sustantivamente teatrales, aun pensando en hacer música de «concierto». Las primeras impresiones del arte ruso, sirvieron en Italia para colorear, con algún matiz de novedad, a la música de escenario. El realismo de Mussorgski producía una impresión grave entre los pocos que lo conocían, los cuales lo ocultaban con un cuidado que parecería gracioso si no fuese ignorante; este afán de ocultar ocurrió también entre nosotros.

Entendido a medias, el realismo del autor de «Boris» conducía al *verismo*. Contra él—esto es, contra lo exótico en el arte teatral italiano—se alzaron los músicos de la estirpe nueva, porque, además, ese teatralismo sensacional condensaba todos los vicios de la decadencia italiana, mal encubiertos por un traje que pretendía estar a la moda, y porque por entre ellos no circulaba más que una sangre corrompida y un propósito de engañar al incauto con sus espantajos sentimentales.

En este sentido, el «verismo» es un atraco estético al público de tontos, del mismo modo que el sensacionalismo de Strauss lo es al público de listos. Arte de pícaros, en una palabra; aquél, con la ganzúa de la melodía en lo blanco de los ojos; este otro, por sus monigotes grandifilosofistas.

En un ambiente tal, con las emanaciones mefíticas del pantano verista y las de la cloaca-máxima straussiana, se comprende que la pureza de intenciones del simbolismo francés o la fresca sangre sonora de los rusos apareciesen como efluvios de un paraíso encantado.

Algunos de los primeros músicos del «rinovamento» habían incluso estudiado en Alemania, y sentido juveniles veleidades por Bruckner y por Mahler; pero Francia, con su horizonte claro a lo Puvis, les hizo sacudir las sandalias y acogerse al suave ambiente del templo nuevo. Luego, la irrupción de Strawinsky les inflamó con un neofitismo lleno de generoso entusiasmo. Alguno de los nuevos proclamó que la música empezaba el día del estreno de *Le sacre du Printemps*.

Nunca se vió un trompeteo más entusiasta, llamada al camino recién abierto. Y con el desprecio de los operistas y el asombro de los demás,

un grupo de *arditi* comenzó a trabajar en Italia, apenas sospechados de los mismos que los habían hecho nacer, y apenas sostenidos por la fe ni el aliento de nadie.

Hoy mismo, después de Pizzetti, de Casella, de Malipiero, de Castelnuovo, de Tomassini, el cuerpo general de opinión en Alemania o en Francia, en Inglaterra o en España o aun en la misma Italia, no cree de un modo convencido en la autenticidad de la joven música italiana. Veremos después que esto mismo ocurre respecto de los nuevos compositores germánicos. A lo que menos se acostumbra el público es a que un pueblo cambie en su tradición o la haga evolucionar. Parecería tan raro hace unos pocos años querer convencer de que Francia, por ejemplo, no era sólo Gounod-Saint-Saëns-Massenet, y Alemania no Beethoven-Schumann-Wagner, como que Italia no era tampoco Bellini-Verdi-Puccini. Y otro tanto al afirmar que había una floración musical tan nueva como rica en ese país, o en Inglaterra o en España.

Nada menos pertinente que hablar de «escuelas» en esas tierras, así como tampoco en la nueva Alemania. Entre los jóvenes italianos apenas hay otros rasgos comunes que los del temperamento o los que dan la semejanza de las condiciones que los han lanzado a la lid. Hay un «grupo» —la escasa docena de nombres que todos los días repetimos (1)—, pero no otra cosa. La diferencia de temperamentos, de intenciones, de sensibilidad y aun de procedimientos (dentro de la generalidad de líneas que su genealogía les da), es mayor que la semejanza de sus rasgos comunes. Defínense éstos como sensualidad palpitante y alerta; viveza de imaginación, de concepto, de percepción y de realización; agudeza de intuición y claridad sintética, un amor por la expresividad de la disonancia y una limpieza de línea con una acentuación *sui generis* en el modelado, que es tradición permanente en el arte italiano. Una cosa son todos: italianos hasta la médula; brotes de un árbol tradicional, cuyas raíces se extienden en lo más hondo de la historia, con sus ventajas consiguientes y con sus inconvenientes también; un arte todo en el aire y en el rayo de sol; un arte todo en el brillo de ojos y en el cascabeleo del oído. Pero ¡qué gran motivo éste! ¡Qué verdadero su impulso a la creación! Lejos de las inconfesables gestaciones del verismo y de la ciénaga sensacionalista.

Esos músicos italianos son «puros». He aquí su principal valor. Lo que les mueve no es la baja palpitación grosera de los post-románticos, sinfónicos u operistas.

(1) Véase la nota bibliográfica sobre el libro de G. M. Gatti en este número.

LA PLUMA

Y, por lo menos, hoy es esa condición su más alta ventaja. Su obra no puede aspirar a otros cumplidos mas que por lo limpio y bello de sus orígenes. Ahora que, para ser *obra* verdaderamente, le falta aún mucho camino. No dudo yo de la vitalidad de la tendencia; por eso creo que la *obra* vendrá. Hoy estamos todavía en los propíleos. Algunos, Casella, Malipiero, parecen ser las primeras concreciones estelares de la nebulosa. Pero todo en ella es movimiento y evolución material. Es tan fina la sensibilidad de un Mario Castelnuovo, tan lírico el dramatismo de Pizzetti, Malipiero está tan deslumbrado por la iridiscente palpitación de la disonancia, Casella tiene un temple tan fuerte y tan noble; todos ellos, Davico, Santóliquido, Victorio Gui, Perrachio, Alaleona, Balilla-Pratella, tienen tan rica vena y tan aguda vibración, que la *obra* no se hará esperar. Sin duda se está ya formando. Mucho de lo ya hecho integrará ese *corpus* total necesario. Hojas tiernas, de su abundancia nacerá la opulencia del bosque nuevo.

Hasta entonces contentémonos con el jardín.

ADOLFO SALAZAR



La costumbre

EL *eco de sociedad* que pregonaba el regreso y consiguiente instalación de los señores de Serrano en su hotel del barrio de Argüelles, había suscitado de nuevo la maledicencia madrileña en torno a las segundas nupcias del *joven ex ministro conservador*:

—¡Casarse sin guardar luto siquiera a la otra pobre!

—¡Tirar así una carrera política por la ventana! Porque esas cosas se pagan, ¡vaya si se pagan!

—¡Darle madrastra a la niña!

—¡Y qué madrastra!

—¡Si los hombres de talento hacen a lo mejor cada cosa! ¿Qué necesidad tenía de casarse con *ella*?

—¡Pchs! ¡Vaya usted a saber! Quizá todo sea cuestión de costumbre.

Tal vez no estuviera muy lejos de lo cierto el caracterizado senador que tan experimentada opinión aducía.

Viudo de aquel modelo de esposas

«cristiana, amable, cariñosa y seria»

LA PLUMA

que, como el cantor de estas rancias virtudes, era del campo de Salamanca, donde poseía pingües heredades, César Serrano, apenas transcurrido el novenario, volvió a sentir la comezón de tomar estado.

En lo que influyó no poco el consejo de la mujer que había arrebatado a la legítima la sobremesa de la cena diaria, transcurridos que fueron los cinco años primeros de los diez que estuvo casado.

—Mira, César—le dijo—, tengo miedo. Lo que oyes. Miedo de que te me vayas. Ya ves tú lo que son las cosas... Ahora que se ha llevado Dios a la otra pobre... Y es que me has dicho tantas veces que yo era *tu libertad*, que al verte libre tengo miedo. Cásate. Cásate para que yo esté otra vez segura de que necesitas de mí. De tu mujer nunca tendré celos.

Entonces, desafiando la unánime oposición de deudos y correligionarios, se casó con ella.

Hicieron el viaje de novios imaginándose que lo eran, y por mejor ayudar al ánimo a recobrar ciertos virginales sentimientos que yacían dormidos en el recuerdo. A la vuelta, la familia enarboló desde luego bandera de paz—tal significó a sus ojos el blanco pañuelo con que les saludó desde el andén la niña, huésped de la abuela durante la paterna luna de miel.

* * *

Sentados en el sofá como estaban, echóseles la noche encima.

—¿Estás contenta?

Ella, por toda respuesta, se le quedó mirando, luego inclinó ruborosa la cabeza y así permaneció un instante, fijos los ojos en el ca-

lado del delantalillo, cuyas puntas tenía graciosamente cogidas con cuatro dedos.

—¿Estás contenta? Di.

Tomándole la barbilla con cariñoso imperio, le obligó a levantar la vista.

—¿Lloras?—Y le besó calladamente los párpados.

—¡Tonto!—replicó ella desprendiéndose de sus brazos; y limpiándose el dulce llanto con el pañuelo de su marido, devolvióselo luego al bolsillo superior de la americana, de modo que asomara dos puntas coquetas—. ¡Que si estoy contenta! ¡Pues podía no!

—¿De veras, Churrunga?—Esto cogiéndole ávidamente las manos, a la vez que buscaba en sus ojos la verdad de tan tierno halago.

—Te voy a pedir... una cosa—le interrumpió.

E intentó disimular con mentido carraspeo la emoción que su voz delataba.

—¿Qué quieres?

—A ver si vas a creer que se trata de algo importante...

—Me asustas... ¡Habla!

—¡Qué bobada!

—¡Acaba de una vez, mujer, no me tengas así!

—¡Ay qué gracia! Pero tontín...

El afán de restarle importancia al favor, aumentaba el recelo del marido.

—¡Por algo se me antojaba a mí que no estabas satisfecha del todo!

—¡Eso sí que no, César...! Quería decirte simplemente que..., ¡pero no te enfades! Quería decirte que no me llames *ya* Churrunga.

Él echóse un poco atrás, sin dejar de mirarla, y se limitó a contestar pausadamente:

—*Ya*.

—¡No creas que es por mí! ¿Que por quién? Al pronto, parece

LA PLUMA

una simpleza. Es... por ti. Piensa que soy... tu mujer. Y, sobre todo, que tengo que ser una segunda madre para tu hija.

Se hizo un silencio. Duró lo que el eco del reloj de cuco al dar las nueve.

—¿En qué piensas?

—En que... ya no eres, no puedes ser Churrunga; pero te iba tan bien. ¿Cómo te voy a llamar ahora?

—¡Ay qué gracia! ¡Como si yo no tuviera nombre cristiano! ¡Y poco bonito que es!

—Pues... ¡sí que es verdad! Mira que no haber caído... Rosa. Rosita.

Al conjuro de aquel nombre parecía como si los apasionados sentimientos de antaño se le trocaran en los propios del ánimo matrimonial.

La niña no cenó aparte como en casa de la abuela, sino con ellos, para que se acostumbrara a no ser huroncilla.

—Es muy mona; se parece toda a su madre.

Y así diciendo, cogióle de la mano la madrastra para llevarla a acostar ella misma.

Luego de bien arropadita le dió un beso en la frente, y volvió al comedor.

Su marido, en zapatillas, bostezaba ante *La Correspondencia*.

—¿Qué haces ahí? ¿No sales? ¿Y por qué? ¡Tienes que salir! ¡No faltaba más! ¡Nada de sacrificar costumbres! En los años que hace que te conozco, no has dejado de salir una sola noche de tu casa.

Le obligó a calzarse de nuevo, le ayudó a ponerse gabán y sombrero, le dió un beso en la mejilla y, empujándole a la puerta, permaneció luego en el rellano hasta verle desaparecer escalera abajo.

* * *

Echó a andar como sonámbulo. Cansado de vagar por calles y callejas, despertó al ruido de las palmadas que él mismo daba, inconscientemente, ante un portal.

Abrióse en esto el balcón de un entresuelo, cuya vista érale también familiar, y oyó una voz femenina que decía apresurada:

—No llames al sereno. Ya baja la chica a abrirte.

Se pasó la mano por los ojos. Entró.

En el oscuro recibimiento le salió una mujer al paso:

—Creí que no volvías más.

Y como penetró resuelto, seguía ella corredor adelante dándole quejas:

—No tengo un perro. ¡Hasta el casero me ha mandado un recadito! Gracias a que los porteros son buena gente y han hecho que me fiaran en los ultramarinos, que si no... ¿A ti te parece ni medio regular? ¡Dos meses sin dar señales de vida! ¿Pero te has quedao mudo? ¿O es que pintan morros? ¡Pues di que sólo eso faltaba?

A su grito de asombro, cuando estuvieron a la luz del gabinete, respondió risueño el intruso:

—No soy un apache; no se asuste.

—El caso es que a primera vista...; pero, ¿quién es usted?

—¿Qué más da? Ya nos conoceremos... Por lo pronto, no se preocupe de esos piquillos que dice deber, ni se acuerde de ese *perdião*.

—Pero... ¿quién?

Y le miraba entre espantada y curiosa, engolosinada con la aventura. La criada, que atisbaba con recelo desde el pasillo, cuando le vió echar mano a la cartera se retiró discreta a la cocina.

—No vaya usted a creer tampoco que estoy de remate. Apuesto a que vamos a ser muy buenos amigos. Yo no quiero nada. Nada

LA PLUMA

más que libertad. Un poquito de libertad... de tapadillo. Después de cenar... todas las noches... la libertad... Churrunga.
Estaba ganada.

—¡Ay qué paso más chusco! ¡Y vaya un nombre que me pone!

—Que, ¿no te gusta? Ya verás qué bonito suena.

—Más que el mío desde luego.

—¿Cómo te llamas?

—¡Anda! ¿Y a usted qué le importa?

—Es verdad, Churrunga, es verdad.

Y se dieron las manos.

C. RIVAS CHERIF

IMPROMPTU

*Vamos a cantar sin copla,
vamos a cantar por cantar,
como el viento cuando sopla
por el encinar.*

*Y vamos a hacer de manera
que para decir su intención
cante cada cual lo que quiera,
mas todos a un son.*

℥.



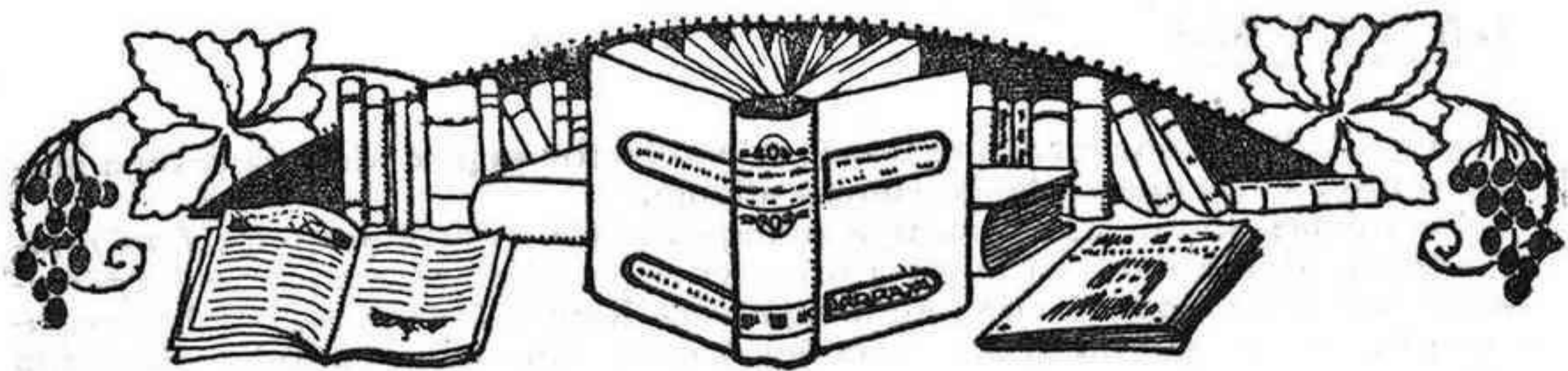
Teatros.

«Pígalión.»

BERNARD Shaw, detenido años ha en la Ciudad Lineal—diez o doce van transcurridos desde la representación de *Mrs. Warren's profession* con el título de *Trata de blancas* (!) en el Teatro Artístico que allí dirigía el señor Miquis—, ha vuelto a entrar en España por San Sebastián este verano, y en Madrid por el Pasadizo de San Ginés. Coincidiendo con el estreno de *Pígalión*, la empresa de Eslava ha publicado en los periódicos una nota oficiosa dando cuenta de la representación en un teatro de Londres de una comedia de la firma Martínez Sierra. La noticia alimentó en nuestro ánimo cierta falaz esperanza: la de que semejante intercambio no fuese tan sólo efecto de un azar casual, sino de un propósito general beneficiosísimo para el público madrileño. Pero nuestra ilusión se desvaneció, no más vimos levantarse el telón en la comedia de Bernard Shaw, y aun antes, al salir el propio señor Martínez Sierra a leernos, a telón corrido, unas cuartillas explicativas del alcance y significación de la obra que se iba a representar. El empresario de Eslava, cubriéndose con la pinta, nos advertía que el *Pígalión* era, como todas las de su autor, una comedia *inverosímil*, escrita para un público—el inglés—que, muy realista en la vida, gusta, al revés del nuestro según el exégeta, de la inverosi-

militud en el teatro. Cuentan que uno de los primeros actores más aplaudidos por la *claque* y de que más se ufanan los gacetilleros, decía, resumiendo en sucinta opinión la que *Pígalión* le merecía, que en España tenemos 25 autores dramáticos como Bernard Shaw. Quien no haya visto la representación de Eslava juzgará excesivo el número. Nosotros, sin embargo, nos atreveríamos desde luego a contar hasta tres, y claro que, entre ellos, a la firma Martínez Sierra. Ya sea efecto del expurgo del traductor, ya de la dirección artística al dar a la obra el *tono* con que ha sido representada, es lo cierto que de la gracia original del *Pígalión* apenas si queda otra cosa que la liviandad característica de las comedias de Benavente, de Linares o de la firma Martínez Sierra. A ello ha contribuido no poco la interpretación, adaptada a las condiciones de la señora Bárcena, sugestiva en extremo, pero cuya acusada personalidad tan repetidamente perjudica a los varios caracteres que le están encomendados en el reparto de las obras. Llámese Desdémona, Margarita Gautier o Nora, siempre es Catalina. Nosotros casi preferiríamos que Naturaleza no hubiera dotado a la señora Bárcena de tan delicado metal de voz, voz para dar el *si de las niñas*, cuya ingenuidad teatral cuadraría tan bien a su temperamento.

UN CRÍTICO INCIPIENTE



LIBROS Y REVISTAS

Ramón Menéndez Pidal.—*Estudios literarios.*—Atenea. S. E.—Madrid.

Tanto se ha abusado en estos últimos tiempos del dictado encomiástico de maestro, atribuyéndolo con vano halago y sin sentido, ora a quien le quedaba mucho todavía por aprender, ya a quien de poder enseñar algo diera malísima ejemplaridad a los supuestos discípulos, que es menester, en casos como el presente, llamar la atención del lector sobre la justicia y conciencia con que la palabra se emplea. D. Ramón Menéndez Pidal lo merece sin que semejante título le acarree la enojosa compañía de cuantos lo detentan una temporada, según lo impone la moda pasajera de una generación, en el caso más favorable, cuando no de un corrillo.

Herederero de cierta preeminencia magistral, de que había hecho un trono su glorioso antecesor, ha sabido depurar, reducir a proporciones científicas, el legado espiritual de Menéndez y Pelayo, cuya leyenda amenazaba, en boca del vulgo, arruinar la obra fecunda del historiador literario. Menéndez y Pelayo era un *fenómeno*, declarado *vox populi* monumento nacional. Había que reaccionar contra la maravilla, sacrificándola en aras de la sana razón. Desprovista de todo oropel, mantiénese incólume la memoria del gran escritor a través de la obra del crítico, profusa, desordenada, excesiva, discutible en su magnificencia. Menéndez Pidal personifica ese criterio clásico que ha sido menester para encauzar dentro del sistema *européo*, digámoslo así, de la crítica literaria, el caudal de la erudición española. Criterio que implica tanto el rigor en los métodos de investigación cuanto el estudio de la literatura desde un punto de vista propiamente literario, espiritual, no sujeto tan sólo al tecnicismo de la *papeleta* que mata.

Tal la enseñanza que se desprende de estos *Estudios*, leídos por su autor en recepciones académicas o publicados en diferentes revistas de 1902 a la fecha; trabajos que, no obstante aparecer coleccionados modestamente sin otro orden que el cronológico, no son ensayos nacidos al azar, hijos de la ocasión, sin más nexos entre sí que el de la pluma que los ha escrito, mas que responden

LA PLUMA

a una unidad de concepto, que trasciende al lector sugiriéndole la serena gravedad intelectual que en tales páginas alienta.

Presídelas, sin duda, en punto a su importancia, el estudio sobre *La Crónica general*, al que sigue en nuestra preferencia el discurso acerca de *La primitiva poesía lírica española* con que inauguró D. Ramón Menéndez Pidal el pasado año el primero de su presidencia del Ateneo. Muéstrase en todos ellos, aun en los que pretenden ser sólo apuntes o notas breves de temas apenas esbozados, el mismo sentido general, que sabe *recrear* a la luz de hoy día los fundamentos de un espíritu español, persistente en la literatura castellana.

C. R. C.

* * *

Concha Espina.—*El metal de los muertos*. Novela.—Gil Blas. Madrid, 1920.

Al criterio absurdo de la mayor parte de los editores y libreros españoles, atentos, al parecer, al sistema de venta preconizado en el inveterado refrán del buen paño encerrado en el arca, ha sucedido de algún tiempo a esta parte el prurito de anunciar a *la norteamericana*, es decir, con exagerada desproporción entre la mercancía que al público se ofrece y su calidad. No es esta la única concomitancia que el lector, a poco curioso que sea, observará entre la última novela de la señora Espina y los procedimientos artísticos y editoriales de que suele valerse al escribir y publicar las suyas otro de nuestros primeros escritores, según la fama ambimundial, el Sr. Blasco Ibáñez. Tengan o no que ver semejantes *reclamos* con el mérito literario de las obras así expuestas a la pública consideración, revelan en todo caso un afán mercantil digno de respeto, ya que la indiferencia o la falta de información adecuada del común de los lectores exculpan el exceso ditirámbico.

El metal de los muertos es una novela—llamémosla así pues que tal nombre le da su autora—sumamente interesante en cuanto al propósito. Creemos que la señora Espina ha intentado romper la monótona liviandad del ambiente con una obra cuya gravedad correspondiera con épica grandeza a la crisis social del mundo. Que el alegato puede ser considerado obra de arte, es cosa palmaria aun antes de Zola, y a partir de él según ciertas reglas todavía no subvertidas *en su género*. La trágica cuestión de Ríotinto es de por sí tan apasionante, que incluso a través de las informaciones periodísticas impresiona a todo ánimo sensible. ¿A qué obedece, pues, que su lectura en las páginas de *El metal de los muertos* no suscite en el nuestro esa emoción expiatoria propia de las grandes obras? (que no son siempre las más voluminosas). En nuestro entender, a que la novela no está lograda.

Pese a la precisión detallista con que la señora Espina acumula cuantos términos técnicos le ha podido proporcionar el estudio *documentado* del lugar de la acción, y quizá precisamente por ese exceso, inexpresivo para el profano, se confunde el lector, un tanto abrumado por el esfuerzo de la autora, que

al cerrar el libro se nos antoja ronca de sostener el mismo tono agudo de la primera página a la última. Adolece principalmente, a nuestro juicio, la obra entera del deseo peculiarísimo en las escritoras de dar una impresión de fuerza varonil. La señora Espina descubre su feminilidad en la invención, allí donde para más realzar la tremenda fatalidad del sino adverso mezcla inoportunamente el drama individual a la tragedia colectiva, drama por otra parte tan diluído en la descripción del *fondo*, que no capta nuestro interés.

Esta opinión deriva de una discrepancia fundamental entre el gusto artístico de la señora Espina y el nuestro. Digamos en holocausto a la verdad que la razón, si es el público quien la da, parece estar de su parte, pues que en el poco tiempo transcurrido desde la salida de *El metal de los muertos* está ya a punto de agotarse la primera edición.

C. R. C.

* * *

Mario Puccini.—*Essere o non essere*. Racconti.—Edizioni A. Mondadori.—Roma.

La interesantísima crónica con que ha inaugurado Mario Puccini su colaboración en LA PLUMA basta para dar, a través de la imparcialidad informativa del crítico, una idea clara del propósito literario que anima al autor de *Essere o non essere*, dignamente presentado ya a nuestros lectores por Enrique Díez-Canedo. La lectura de los tres cuentos que componen el volumen nos confirman en esa idea, que juzgamos de provechosa ejemplaridad en el desconcierto literario reinante. La hermandad hispano-italiana es, por otra parte, tan indudable, que todo fenómeno social, cuanto más literario, tiene para nosotros doble aliciente por el solo hecho de producirse en un país tan afín al nuestro.

¿Qué intención revela Mario Puccini en medio del desaforado lirismo futurista que ha sucedido, juntamente con la nueva disgregación dialectal de la unidad italiana, al genial D'Annunzio? La de volver al *natural*. No haya equívocos. Pero tampoco mayores sobresaltos. Esa vuelta al *natural* ¿puede significar nunca ya la aceptación del *naturalismo* como divisa? No; el mero hecho de proponer como modelo al octogenario Verga no implica en el homenaje al autor ilustre de *Cavalleria rusticana* la consagración de la teoría *verista*, que constituye a nuestros ojos el *peso muerto* de su literatura. La elección de tal maestro significa la condenación del énfasis d'annunziano y del desbarajuste del marinettismo. Es simplemente un llamamiento a la honradez literaria.

Pero en los tres cuentos que integran *Essere o non essere*—*Ritorno al mondo*, *Caratteri*, *La verità*—hay además un humorismo de tan *buen temple*, quiero decir tan cernido a través de ese criterio sutil hecho en fuerza de buenas letras, que ello solo basta para hallar en su lectura el reposo deleitable de que están faltas cuantas sollicitaciones suelen hacernos los libros, monótonos en su monstruosa inconexión, que nos brindan los escaparates de la *nueva Europa*.

LA PLUMA

Tenemos noticias de que algún editor español piensa publicar, no tardando, la traducción de este último libro de Puccini. La elección nos parece lo más acertada.

C. R. C.

* * *

Guido M. Gatti.—*Musicisti moderni d'Italia e di fuori.*—Pizzi & C. Editori, Bologna, 1920.]

El nombre que encabeza esta colección de artículos críticos es el que en Italia significa lo más claro y más inteligente, a la par que lo mejor informado, de entre los escritores musicales de su país. Y este país, Italia, es uno de los más afortunados en poseer escritores de esta índole: Fausto Tonefranca, Giovanni Bastianelli, Domenico Alaleona, entre otros, sin contar los músicos mismos que impulsan el movimiento de renovación, el «rinovamento» musical que dió cuerpo a la «Sozieta Italiana de Musica Moderna» y a la simpática revista *Ars nova*. Casella, Pizzetti, Malipiero y el agitado Balilla Pratella defienden con la pluma los ideales que dictan sus obras de música.

Estudiar éstas de acuerdo con esas ideas estéticas y definir la personalidad de cada uno de esos músicos es lo que Guido M. Gatti, el crítico de *La Critica Musicale*, de Florencia, de otras revistas milanesas y director de *Il Piano Forte* (una de las más interesantes revistas modernas, de la cual hablaremos en esta sección), intenta en su serie de estudios publicados por la casa Pizzi & C. de Bolonia.

Los músicos italianos de los que Gatti se ocupa en su libro son nueve: Franco Alfano, Alfredo Casella, Mario Castelnuovo-Tedesco, Vincenzo Darico, Vittorio Gui, G. Francesco Malipiero, Luigi Perrachio, Ildebrando Pizzetti y F. Balilla Pratella. Se ve que todos ellos pertenecen al grupo moderno de su país y que el escritor no ha pretendido una ordenación ni por edades ni por discutibles categorías. Fraternidad y cordialidad son las características de ese grupo, que no cuida de otras consideraciones sino de ir directamente a la conquista de su arte y a tirar fuerte de las orejas del *orecchiante*, el auditor neutro y pasivo.

Ocho estudios sobre músicos extranjeros completan el librito de Guido Gatti. Son todos ellos los que más interesan en el momento actual a todos los entusiastas por el nuevo arte musical: Emmanuel Chabrier, Claude Debussy, Eugène Goossens, Gabriel Grovlez, John Ireland, Erik Satie, Cyril Scott y Déodat de Severac.

El juicio crítico de ese escritor y su rápida manera de definir una personalidad hace que se le siga con el mayor interés y mueve el deseo de leerle tratando de músicos como Strawinsky, Bartok, Falla, Schoenberg, Scriabin y Esplá.

S.

Guillermo de Torre.—*Manifiesto vertical.*

De entre los jóvenes que con más ardimiento preconizan la conversión del mundo literario a la vaga fe católica que irradian las numerosas capillas futuristas, expresionistas, simultaneístas, dadaístas, ultraístas y creacionistas, diseminadas por el mundo, distínguese en Madrid por su fervor apostólico Guillermo de Torre, asiduo colaborador de la revista *Grecia*. Ha publicado ahora un manifiesto exornado con grabados en madera de la señorita Borges, manifiesto de facilísima comprensión, pese a los sistemáticos detractores de las nuevas fórmulas, aunque no de fácil lectura por la rigurosa disciplina esdrújula a que el Sr. Torre somete su estilo. Y sólo hemos de oponer un reparo a la novedad del propósito que *Manifiesto vertical* exalta: la de su arcaísmo. Porque, aun transigiendo con atribuir un sentido figurado a tan ardua posición, ¿cómo no ver las afinidades retóricas de semejante teoría con alguna de las metáforas más coreadas estos últimos años, verbigracia, la de *una España vertebrada y en pie*? Y en último término, ¿no podría un especialista descubrir en el *verticalismo* del Sr. Torre antiquísimos vestigios de la mística pasión de San Simeón Estilita?

C. R. C.

* * *

Corpus Barga.—*París-Madrid.*—*Un viaje en el año 19.*—Madrid, 1920.

Algunos amigos de Corpus Barga han editado en lindo volumen, fuera del comercio, las crónicas en que antaño refirió su viaje aéreo de París a Madrid con el aviador francés De Romanet. Por gracia especial de su autor, *un hombre raro* en el mejor sentido de la palabra, nos ha cabido en suerte uno de esos curiosos ejemplares.

Y a la verdad que merecían el ser coleccionados aquellos artículos en que el simple lector hallará grande complacencia, el bibliófilo avara satisfacción en poseerlos, y especialísimo interés el historiador literario; pues que tal viaje representa la primera y preciosa tentativa en lengua española por describir adecuadamente, *sin corrección, pero con propiedad aérea*—no a ras de tierra—, el incipiente vuelo del hombre.

C. R. C.

* * *

Libros recibidos: Maeztu, Unamuno, Campion, Baroja, Mourlane: *Del espíritu de los vascos*. Biblioteca de *Hermes*, vol. I. Bilbao, 1920.—Rafael Calzada: *La patria de Colón*. Buenos Aires, Roldán, 1920.—Manuel Ugarte: *Cuentos de la Pampa*. Madrid, Calpe, 1920.—Luis del Valle: *Emociones*. Zaragoza, Editorial Athenacum, 1920.—E. Mazorriaga: *Platón el Divino*. Estudio preliminar a la traducción directa de sus «Diálogos». Tomo I. Madrid, Biblioteca Clásica, 1920.

Ramón Menéndez Pidal: *Un aspecto en la elaboración del Quijote*. Discurso leído en el Ateneo. Madrid, 1920.—Christian Röeber: *Poemas*. Biblioteca Poética, número 1. Septiembre, 1920. Buenos Aires. Valentín de Pedro: *Rimas de pasión*, Madrid, 1920.

Revistas: *España*, Madrid.—*Spanien*, núm. 4, Hamburgo.—*La Lectura*, noviembre, Madrid.—*Hermes*, noviembre, Bilbao.—*Nos*, núm. 1, octubre, Orense.—*Die Aktion*, 47-48, Berlin.—*Vida*, núm. 3, La Coruña.—*España y América*, noviembre, Cádiz.

Gacetilla.

Azorín de Tarascón.—Ha estado a pique de perderse para los fastos de la energía española la gesta de Azorín en París. Agradecemos el desenfado con que el propio Azorín nos cuenta en *El Sol* sus proezas. En 1918, Azorín se fué a la guerra. No en viaje colectivo y seguro: «Fuí a París solo, silenciosamente, sin reclamos de Prensa, en los momentos de más angustia para la hermosa ciudad: en la primavera de 1918. Los alemanes habían avanzado hasta Chateau-Thierry; salía a bandadas la gente en los trenes; el formidable cañón de largo alcance lanzaba, cronométricamente, por el día sus proyectiles; los aviones dejaban caer durante la noche sus bombas. En mi cuartito del hotel (*jamais on ne se serait cru devant la demeure d'un héros...*) en estas horas trágicas, en el silencio de la gran ciudad (... *mais quand on entrait, coquin de sort...!*), leí al divino Racine, al divino Cervantes (... *un homme était assis, devant le guéridon*).» Caro ha podido costarle a España el irrefrenado ardimiento de Azorín: afrontar, solo, el bombardeo de un cañón, que para ser el primero que oía tronar no era un «pequeño cañón», como antaño hubiera podido creerse, sino un cañón... así de grande!, y, lo que es peor, ¡cronométrico! ¿Qué harán Pepita, Rosita, Carmelita, D. Antonio, D. Fabián, D. Andrés y demás entes azorinescos al saber el peligro que ha corrido su epónimo? Pero una duda nos asalta. ¿Estaba realmente solo Azorín? ¿No le acompañaban siquiera el comandante Bravida, Costecalde el armero, Bezuquet el boticario? Porque estos eran sus camaradas de aventuras, según cuenta la historia: *L'intrépide Azorín habitait alors, à l'entrée de la ville, la troisième maison à main gauche sur le chemin d'Avignon...*

FIN DEL VOLUMEN I

SUMARIO DEL NUMERO 2.º (JULIO, 1920)

A. REYES: El abanico de Mlle. Mallarmé.—C. RIVAS CHERIF: Alegoría de Narciso o el mundo visto por un agujero.—R. PÉREZ DE AYALA: Versos viejos, La Cendolilla que danza.—G. BORROW: El camino de Finisterre.—Crónicas de LA DAME DE CŒUR: Salón.—EL PASEANTE EN CORTE: ... castillo famoso.—M. AZAÑA: El espíritu público en Francia durante el armisticio.—Libros y revistas, por Moreno Villa, Rivas Cherif, Salazar y Azaña.—Gacetilla.

SUMARIO DEL NUMERO 3.º (AGOSTO, 1920)

VALLE-INCLÁN: Farsa y licencia de la Reina Castiza (jornada primera).—C. RIVAS CHERIF: Divagación a la luz de las candilejas.—MIGUEL DE UNAMUNO: Polvo de otoño (sonetos).—A. SALAZAR: Guía musical de América o indigenismo y europeización.—G. LIPPARINI: Las violetas.—Crónicas de LA DAME DE CŒUR.—Cartas de Rubén Darío a Amado Nervo.—JORGE GUILLÉN: Poemas de circunstancias prosaicas.—Libros y revistas

SUMARIO DEL NUMERO 4.º (SEPTIEMBRE, 1920)

VALLE-INCLÁN: Farsa y licencia de la Reina Castiza (jornada segunda).—F. A. DE ICAZA: Versos de Nietzsche.—M. AZAÑA: Peregrinos curiosos. Jorge Borrow y la Biblia en España.—EL PASEANTE EN CORTE: ... castillo famoso.—A. ESPINA GARCÍA: Don Cacique (óleo).—Libros y revistas, por C. RIVAS CHERIF y M. AZAÑA.—Gacetilla.

SUMARIO DEL NUMERO 5.º (OCTUBRE, 1920)

La condena de Unamuno.—L. ARAQUISTAIN: Italia en 1920.—VALLE-INCLÁN: Farsa y licencia de la Reina Castiza (fin).—AD. SALAZAR: Apuntes para una geografía musical de Europa, II, Rusia.—J. R. JIMÉNEZ: 1920.—M. PUCCINI: Letras italianas.—J. GUILLÉN: La amistad firme en los mares caóticos.—UN CRÍTICO INCIPIENTE: Teatros.—MARÍA ENRIQUETA: Ojos grises.—A. ESPINA GARCÍA: Inciso.—Libros y revistas, por ÁLVAREZ PASTOR, AZAÑA y RIVAS CHERIF.—Gacetilla.

SUMARIO DEL NUMERO 6.º (NOVIEMBRE, 1920)

ANTONIO MACHADO: Apuntes y canciones.—G. JEAN-AUBRY: Mérimée.—NILO FABRA: La cabalgada del novicio: Una corrida de toros.—Crónicas de LA DAME DE CŒUR: Otoño.—PEDRO SALINAS: Cinematógrafo.—FRANCIS JAMMES: Los trabajos del hombre.—ADOLFO SALAZAR: Propositiones sobre el Haikai.—EL PASEANTE EN CORTE: ... Castillo famoso.—C. RIVAS CHERIF: Soneto blanco.—FRANCISCO VIGHI: Ferias en Cervera.—ADA NEGRI: El muro.—UN CRÍTICO INCIPIENTE: Teatros.—Libros y revistas, por ÁLVAREZ PASTOR, RIVAS CHERIF y SALAZAR.—Gacetilla.

En el próximo número empezará a publicarse **FEDRA**, por MIGUEL DE UNAMUNO:

Con el número de enero de 1921, se repartirá, en pliego suelto, la portada y el índice para encuadernar la colección de LA PLUMA de 1920.

IMPRESA ARTÍSTICA
DE SAEZ HERMANOS
CALLE DEL NORTE, XXI
MADRID
MCMXX



Precio: dos pesetas.